

Gerónimo; y Cayetano dijo, que eran los despojos de la victoria, y los cautivos que sacó de la cautividad del mundo; los cuales dispuestos y ordenados por coros, cantaban dulcísimas alabanzas al Señor, con grande júbilo y alegría inefable de todos. Iba delante de todos estos escuadrones el Señor, como lo dijo por Miquéas;* y así que se acercó á los orbes celestiales, como dice San Buenaventura,† no quedó espíritu bienaventurado alguno en la gloria, que no bajase á recibirle. Venian todos por sus órdenes; y postrados ante el Señor con suma reverencia, le adoraron, y luego juntos los que iban con los que venian, se ordenaron en dos coros, y empezó la música de voces y músicos instrumentos, y fué prosiguiendo la mas solemne, grande y gloriosa procesion, que jamas vió la corte militante ni triunfante. Echate aquí á pensar, cristiano, y trae á tu memoria las fiestas, alegría, regocijos, júbilos, danzas, clarines, trompetas, cajas, y cuanto pudieres alcanzar y entender de dulzura, suavidad, deleite, pompa, magestad, grandeza y aparato; tanto imagina en aquel gloriosísimo triunfo. Allí los serafines y querubines, los tronos, principados y potestades del cielo, todos hacen fiesta, todos cantan gloriosas alabanzas al Señor. ¡O qué suavísimos ecos! ¡O qué dulcísimas canciones suenan por todos esos orbes celestiales! Pues y la entrada en la corte celestial, ¿qué entendimiento puede entender, ni qué criatura puede ponderar cuán célebre, cuán gloriosa, cuán magnífica y soberana fuese? Llegó, en fin, nuestro gloriosísimo Príncipe al trono de su Padre, y reconociéndose en cuanto hombre inferior, postrado á sus plantas, adoró con infinita reverencia á su divinidad; y puedes considerar que le dijo: Padre santísimo, altísimo y amabilísimo, aquí teneis á vuestro Hijo obediente á vuestro precepto. Bajé al mundo, manifesté á los hombres vuestro santo y divino nombre: glorifiqué vuestra grandeza en la tierra: consumé la obra de la humana redencion, que me habeis encargado: entré en batalla con el príncipe del mundo, vencíle, quitéle el reyno, y le arrojé fuera; degéle desarmado, y en prisiones: quitéle el despojo de sus victorias, el cual pongo á vuestras divinas plantas, á quien se debe toda reverencia, toda honra y alabanza. Vuestro es el reyno que he conquistado: vuestro el imperio que he ganado: vuestra la potes-

* ii. 3.

† Cap. 100.

tad y poder con que yo vencí: vuestra es la gloria, vuestro el triunfo, y vuestra la victoria. Pondera y considera la alegría, el contento y amor con que el Padre recibió á su Hijo, y cómo le da la mano, y le abraza, ensalza y engrandece, mandando que toda la corte celestial celebre las gloriosas victorias de su Hijo: siéntale á su diestra en su mismo trono sublimado y engrandecido con infinitas ventajas á todas las criaturas: dale luego la corona imperial, el cetro, y el gobierno universal sobre todo lo criado: manda que todos los cortesanos, por sus órdenes y gerarquías, postrados á sus plantas le rindan la obediencia. Mira aquí, cristiano, la humana naturaleza qué honrada. Mira aquí la tierra sobre todos los cielos, al hombre sobre todos los serafines, y tu misma naturaleza sobre todos los ángeles, y soberanas gerarquías. Aprende por aquí á despreciar estas bagezas: aprecia tu dignidad, reconócete miembro de aquella cabeza, y no quieras, degenerando de lo que eres, sujetarte á las vilezas: ama aquella deidad y bondad infinita, que así te ha levantado y engrandecido. Mira por último y considera el gloriosísimo cuerpo de tu Redentor encumbrado en aquel trono. Mira aquella hermosura, que alegra á todos los ángeles. Mira aquella fragancia, y suavísimo olor que despide, y de él llena á todo el empíreo y á todos los ángeles y bienaventurados de dulzura y suavidad infinita. Mira aquella claridad, aquel resplandor y luz de gloria de que está vestido, tan grande y excesiva, que tiene absortos á todos los bienaventurados, los cuales viéndola y gozándola, la desean ver y gozar por toda la eternidad. Sienten sumo gozo, sumo deleite, suma alegría y gloria en verle, y llevados del deleite y admiracion, prorumpen sin cesar diciendo: santo, santo, santo, Señor Dios de los egércitos, lleno está el mundo, lleno el cielo y la tierra de la magestad de tu gloria: viva, viva nuestro Rey en la altura y grandeza inaccesible de su trono; y así incesantemente le alaban y alabarán eternamente. No pares aquí, católico: sube, y baja despues de haberle contemplado en aquella gloria: baja á considerarle en Jerusalem en casa de Anas, Caifas, Heródes y Pilato; y habiéndole acompañado hasta el Calvario, vuelve á subir arriba, y atiende la forma en que le ves abajo, y la gloria en que le consideras arriba, y ahí conocerás lo que es este mundo, y lo que es aquel: cuál trataron aquí al Señor, y de la forma que le tratan allá, y pensando en esto, aborre-

cerás todo aquello que debes aborrecer, y solicitarás solamente lo que debes solicitar, que es el amor á las cosas altas y celestiales que siempre permanecen, y un total aborrecimiento á todo lo mundano y perecedero.

486. Considera, pues, ántes de pasar adelante algunas circunstancias de la Ascension del Señor, que te las quiero poner aquí, para que nada quede de todo lo que puede ser doctrina para el mayor aprovechamiento. Escogió el Señor para subir á los cielos el monte Olivete, como ya queda dicho, y fué altísima providencia, dice el docto padre Suarez;* porque en este monte lloró el Señor, padeció agonías y sudores mortales, juntos con grandes desamparos. En este monte fué entregado por el mal discípulo á sus enemigos: fué preso y maniatado con cadenas y sogas: fué pisado y maltratado de los soldados, y cargado de ignominias y afrentas: fué llevado á los tormentos, y á la afrentosa muerte de cruz. Escoge, pues, el Señor este monte, para subir de él á la gloria en gloriosísimo triunfo, y soberano aparato, acompañado de muchos coros de ángeles y bienaventurados, para que se entienda: lo uno, que el lugar que dió principio á sus penas y tormentos, ese mismo da principio al triunfo de sus glorias: y lo otro, para que los hombres se desengañen, y conozcan que las aflicciones, trabajos y penas son el monte alto, que avecinde las almas á la gloria y bienaventuranza. Este es el monte Olivete, el monte de la paz, del amor y caridad; cuyas virtudes levantan el alma trabajada al eterno descanso de la gloria.

487. Considera lo segundo, que, como dice San Gerónimo, † dejó el Señor estampadas sus divinas plantas en este monte, como en cera muy blanda, las cuales, como dice el Santo, jamas se han borrado ni disminuido; porque aunque los peregrinos saquen cantidad de tierra de ellas, para llevar por reliquias, siempre se ven y se hallan en el mismo estado. Saca de aquí cuánta razon será que las pisadas del Señor esten siempre estampadas en tu corazon; porque quien las dejó estampadas en la tierra, claro está que no las dejó sin misterio; quiso sin duda que perpetuamente viviesen en nuestra memoria sus pasos, pisadas y caminos. Pondera asimismo lo que dice el venerable Beda, † que aunque los tur-

* Tom. 2. in 3. Div. Thom. sect. 3.
† De Loc. SS. cap. 7.

† De Loc Hebr.

cos hicieron varias diligencias por borrarlas, no han podido conseguirlo; y aunque los cristianos procuraron diversas veces adornar y pulir aquel sitio, y cubrir las sagradas pisadas con jaspes y piedras preciosas, tampoco lo han conseguido, porque al punto arrojan de sí todo el aliño, curiosidad y adorno. Saca de aquí lo primero, que lo que intentaron hacer con las sagradas pisadas del Señor, que fué borrarlas de la tierra, eso mismo intenta el demonio hacer en los corazones de los cristianos, que es borrar de sus memorias las divinas pisadas: que ninguno piense, ni se acuerde ni de sus caminos, ni de seguir sus pasos, ni de meditarlos, ni considerarlos; porque sabe muy bien el bien que saca de esta consideracion el alma, y los males que acarrea á ella su olvido. Saca lo segundo, que no solo el demonio es contrario á los caminos y á las pisadas del Señor, sino tambien el mundo con sus vanidades, curiosidades, aliños y pompas; con lo cual, aunque no intente claramente borrarlas, con todo procura ocultarlas, y hacerlas diferentes de lo que ellas fueron. No fueron, no, de curiosidad ni de pompa* los pasos que dió la divina Magestad de Cristo Señor nuestro en esta vida; de pobreza fueron, de humildad y desprecio del mundo. Estas son las pisadas que quiso quedasen estampadas en nuestros corazones; y estas son las que no quieren ver desnudas los mundanos. Quieren cubririrlas con la gala, con la pompa, con la vanidad y gloria del mundo, persuadiéndose que bien pueden así seguir á Cristo nuestro Salvador; pero es engaño, que nada de esto sufren los pasos y pisadas de Cristo.

488. Considera tambien lo que dicen mas acerca de esto San Gerónimo y Beda: † que habiendo hecho la gloriosa Santa Elena un suntuoso templo, al modo del panteon de Roma, en aquel lugar, el cual cogia dentro las santísimas pisadas, jamas pudieron cerrar el techo de dicho templo por aquella parte que mira á las pisadas, que es por donde subió el Señor al cielo; porque aunque cerrasen las bóvedas, amanecian abiertas al otro dia. De donde has de sacar dos cosas: la primera, que el Señor nos abrió las puertas del cielo con su pasion, muerte, resurreccion y ascension; y abiertas se quedaron siempre para todos los que quisieren entrar por ellas. Angostas son y estrechas, como lo dijo el mismo Se-

* Esto es de S. Paulino, epist. 11. ad Sever.

† Ubi sup.

ñor :* en tu mano está el entrar, la puerta está abierta, solo falta el que te ciñas y estreches á la observancia de la ley. Mira que Cristo abrió la puerta, y entró desnudo; y así para hombres desnudos se abrió, no para pompas ni vanidades. Advierte lo segundo, que sola la parte del techo que estaba sobre las pisadas del Señor, estaba abierta, y las otras cerradas; para que entendas, que aunque el Señor abrió las puertas del cielo á las almas, no obstante la entrada quedó sobre sus pisadas, y no por otra parte; y así, el que quisiere entrar ha de seguir los caminos y pisadas de su divina Magestad. Estando en estos caminos, y siguiendo sus pisadas, siempre tiene sobre sí abierto el cielo; mas si camina por los caminos anchos del mundo, si sigue los pasos de los mundanos, siempre tendrá sobre sí cerrado el cielo, y debajo de sí abierto el infierno; y así animarse á seguir al que sube, que es Cristo nuestro Salvador, y dejar al que baja, que es Lucifer. Ninguno sube al cielo, dijo el Señor, sino es el Hijo del Hombre, que bajó del cielo: porque aunque han de subir con su divina Magestad todos los escogidos, con todo eso, como todos hacen un cuerpo con su cabeza unidos, y la cabeza y el cuerpo (como dice San Pablo) es el mismo Cristo, por eso solo sube Cristo, porque ninguno sube, si no está con Cristo unido; y mal se unirá el que huye de sus pasos y caminos. Y así vuelve, cristiano, piensa en sus pisadas, considera sus caminos, medita su vida, pasión y muerte santísima. Mira que ese es el camino: ahí se hallan estampadas sus pisadas, y sobre ellas el cielo abierto.

489. Considera cómo habiendo el Señor desaparecido de la vista de los apóstoles, y subido sobre todos los cielos, y puéstose á la diestra de su Eterno Padre, estaba toda aquella santa compañía en el monte Olivete suspensa, mirando todos al cielo, como atónitos y pasmados de la grandeza de gloria y magestad en que habian visto al Señor; mas su divina Magestad, que los llevaba en su corazón, no obstante que se vió en tanta gloria y prosperidad, no pudo olvidarse de ellos, y al punto despachó dos ángeles que los consolasen, y mandasen que se recogiesen á Jerusalem. Aparecieron los ángeles en forma de varones vestidos de blanco, con grande claridad; y llegándose á ellos, les dijeron estas palabras: varones galileos, ¿qué estais mirando al cielo? Este Jesus y Salvador, que subiendo al cielo se apartó de vosotros, así

* Matth. vii. 14.

como subió, así ha de bajar al fin del mundo á juzgar á los hombres.

490. Considera lo primero el amor del Señor, y el cuidado que tiene de los suyos en esta vida. Estaban los discípulos juntos allí en el monte, y no estaban sin grande peligro, porque quien pasase, y viese allí tanta gente junta mirando al cielo, luego habia de conocer que eran los familiares y amigos del Señor, y corriendo la voz, y llegando á los oídos de los pontífices, habian de despachar gente que los prendiesen: y atendiendo su divina Magestad á esto, despacha sus ángeles, que les manden que salgan del peligro, y se recojan; y asimismo que los conforten, y animen á que se vuelvan á Jerusalem, como dice San Epifanio.* Saca de aquí una grande confianza en el Señor, y advierte que es Dios de misericordia y de piedad, que conoce nuestra flaqueza; y compadecido de nuestros males, y olvidado de sus ofensas, así que una alma se le entrega, jamás la deja ni desampara: previene los peligros, y de antemano la libra, la enseña y favorece con tan piadosas entrañas, que exceden á las de un padre que se esmera en amar á sus hijos.

491. Considera lo segundo lo que los ángeles digeron á los apóstoles: varones de Galilea, ¿qué estais mirando al cielo? Como si digeran, explica San Epifanio: varones fuertes de la transmigración de la Babilonia del mundo, que libres ya de su cautividad, gozais la libertad de hijos del Altísimo, por su santísima gracia: varones fuertes, que dando de mano al mundo, á sus pompas, vanidades é intereses, os habeis pasado al reyno de Jesu Cristo, ¿qué estais ahí mirando al cielo? ¿Qué suspensión es esa inútil y ociosa? Dejad el cielo, y contemplad en el que hizo los cielos. ¿Habeis visto su gloria? Considerad su humildad. ¿Habéisle visto subir al cielo? Con su vida, pasión y muerte fué, de la cual hizo escala para subir; porque, como dijo el profeta, † sube estribando sobre la muerte, pasión y tormentos; y sacarás de esta consideración dos documentos: el uno, que no quiere el Señor que las almas que han dado de mano al mundo y al pecado, y se han reducido al camino de la virtud, esten ociosas: que trabajen y se ejerciten en la oración y virtudes: el otro, que si es digno de reprehensión el estar mirando al cielo suspensos, debiendo considerar y meditar en la vida, pasión y muerte

* Orat. de Ascens.

† Psalm lxxvii. 5.

del Señor, ¿qué tan reprehensible será en aquellos que ya no solo no miran al cielo, sino á la tierra y á las cosas terrenas, embebidos en ellas con el afecto y amor, y por esta causa faltan á la consideracion, meditacion y contemplacion?

492. Considera lo tercero con **Œcumenio**,* cómo los ángeles reprenden á los apóstoles de la detencion en el monte Olivete; porque aunque habian venido por mandado del Señor á ver su Ascension admirable, pero tambien les habia mandado que se volviesen á Jerusalem, y que allí esperasen; lo cual debian haber cumplido luego al punto que perdiéron de vista á su Magestad divina, y no estarse mirando al cielo. De esta consideracion saca lo primero, que jamas has de salir de tu recogimiento sino cuando te sacare la obediencia ó la obligacion del estado y oficio; y cumplido el negocio, no te detengas fuera: vuelve á tu retiro, considerándote en peligro fuera de él: lo segundo, que no porque halles consuelo en tu oracion y recogimiento, has de prolongar el tiempo, cuando por otra parte te llama la obediencia á otro egercicio, aunque sea exterior; porque si por no perder el consuelo y devocion sensible, faltas á lo que te está mandado, cometes tres defectos entre muchos. Lo primero, que es señal que te buscas á ti, y no á Dios, por quien debes renunciar todo consuelo y gusto: lo segundo, que no poniendo término á los consuelos espirituales, usando de ellos con prudencia, te harás goloso y carnal, que es vicio mucho mas peligroso que la gula corporal, por cuanto es mas sabroso el deleite interior, y arrebatada mas que el corporal exterior; y como esté pide tasa y medida, porque no se pase de la necesidad á la gula y embriaguez, con mucha mas razon se debe reprimir aquel, y usar de él con prudencia, porque si no, pasarás á embriagarte en la sensibilidad de tu carne; y cebado en esos deleites, ¿quién te remediará despues? Lo tercero, cometes una grave imperfeccion, y aun podia ser grave culpa, si cuando te llama por una parte la obediencia, (como llamaba á los apóstoles á que se volviesen á Jerusalem) tú, porque sientes consuelo y dulzura espiritual, te estás en la oracion, sin acertar á alargar el regalo: sin duda que aprecias mas el gozar, que el trabajar, mas el don, que á quien te lo da; pues, por no perderlo, á tu parecer, faltas á darle gusto en lo que por otra parte te manda. Lo cuarto, que eres mal siervo, pues,

* In 1. act. Apost.

no entiendes la voluntad de tu amo, que te da de comer, y te regala, no para otra cosa que para animarte al trabajo, y á que hagas con alegría las cosas de su servicio. A esto se ordenan sus favores, á esto sus regalos, al egercicio de la obediencia y demas virtudes; y así debes recibir lo que te dieren con humildad, y egecutar lo que te mandaren con puntualidad; porque de otra manera, si quieres prolongar el regalo, y quieres gozar por gozar, ó se te quitarán de todo punto los regalos, ó te perderás con ellos, si no se te quitan: lo quinto, que habiendo cumplido una obra del servicio de nuestro Señor, en que hallaste consuelo, te portas tibiamente, y eres tardo para cumplir otra, de donde no esperas luego el consuelo, como los apóstoles, que fuéron luego al monte Olivete con la ansia de ver y gozar de su Maestro, que era el primer mandato; y para volver á Jerusalem, en donde por entónces no esperaban alivio, sino trabajo y miedo, que era el segundo, se mostraron tardos y remisos. Si á ti te sucede lo mismo, no ignoras que te tira mas tu amor propio, que el del Señor; pues, para el consuelo corres, y para donde no le hay eres omiso: no agradarás perfectamente á Dios, mientras no te desnudares de ti mismo: desnudo, serás igualmente pronto para lo gustoso y para lo desabrido.

493. Considera lo sexto en aquellas palabras que se siguen: que el Señor vendrá al fin del mundo (como entienden comunmente los padres) de la misma manera que le viéron subir los apóstoles. Viéronle subir con sus llagas en piés, manos y costado; y así le verán cuando volviere á juzgar el mundo, dice Ruperto.* Vendrá con las señales de los clavos, y con su cruz. ¡O qué gozo para los buenos cuando vean aquellas señales, y aquel Señor llagado del amor de sus almas, herido y llagado por salvarlas! ¡O qué gozo cuando vean las cinco puertas abiertas en el cielo de aquel sacratísimo cuerpo, para entrar por ellas á la gloria! Mas ¡ó qué temor y temblor de los malos, cuándo vean aquellas señales, y por ellas conozcan cuánto por ellos padeció aquel Señor, y cuán ingratos ellos á tanto beneficio! Así vendrá, como le visteis subir; esto es, dijo San Agustin,† vendrá, amoroso, afable, y lleno de grande alegría y gloria para los buenos; pero ese amor, esa gloria, y esa hermosura será terrible para los malos. ¡O qué congoja ver el bien perdido, sin espe-

* Lib. de Tim. cap. 8.

† Serm. 7. de Ascens.